

NUEVO MUNDO

Año XXII-N.º 1.135

Revista popular ilustrada

3 de Octubre de 1915

UN MUERTO ILUSTRE

¡EL POBRE JOSHE MARI!

UNA esperanza que se desvanece causa mayor tristeza que una realidad que muere. Usandizaga era una esperanza para el arte lírico español y la muerte la ha desvanecido.

Usandizaga, alma de niño con alientos de gigante, vivió apegado á la tierra vasca, hacia la cual le inclinaban sus amores, que, por otra parte, eran largamente correspondidos por sus coterráneos. San Sebastián, que le vio nacer, le guardará en su muerte y entre estos dos momentos, hay una vida entera, llena de ilusiones, repleta de deseos que á veces rayaron en la realidad y que, sin embargo, mostraban su anhelo de algo más lejano. ¡Pobre Usandizaga!

Mediaba el invierno pasado, y deberes profesionales me retenían en la ciudad vasca que tantos encantos ofrece á propios y extraños, á los que nacieron en ella y á los que llegan en busca de vida amena y agradable. No es San Sebastián en invierno lo que ante nuestros ojos se representa en verano. La gente anda retraída, las diversiones escasean y el constante azotar de la lluvia proporciona al ánimo ligero malestar perpetuo. Entonces conocí á Usandizaga y entonces le traté con la llanura y confianza que prestan á sus relaciones las almas bondadosas.

En San Sebastián de sus amores vivía, en sitio muy céntrico, allá, en la calle de Garibay y casi esquina al bulevar que tanto animan con su presencia los forasteros veraniegos. Trabajaba en *La llama*, obra que quería dar á conocer este invierno en su Centro de Madrid. Sentado al piano, Joshe Mari fué dándome á conocer páginas inéditas, fragmentos de amplios pasajes y motivos no completamente desarrollados. ¡Con cuánta ilusión trabajaba aquel muchacho á quien el triunfo estruendoso y cálido de *Las Golondrinas* en nada había ensoberbecido!

— Es algo fantástico y algo real — me decía. — Lo fantástico es una ilusión, un sueño que traspasó los límites de lo humano. Lo real es vida, pasión y dolor. Esta parte es oriental. La otra es un mundo fantástico. ¡Habré acertado?

Y sus dedos delgados, nerviosos, corrían por el teclado, acariciando el marfil de ambos colores y tratando de que éste tradujese en sonidos perfectos los que con el alma entera escribió.

Oyéndole expresarse, no podía menos de tenerse fe en su obra, no en esta ópera ni en la otra; no en *Las Golondrinas* ni en *La llama*, sino en su obra en general. Era una voluntad de hierro, dominante, avasalladora, por querer triunfar, poniendo para ello medios artísticos y había de conseguirlo. Toda su vida era un constante prodigón de esta voluntad inquebrantable. En su cuerpecillo débil, enfermizo, déforme, habíase encerrado un afán de conquista tremendo. Sin pereza y sin desmayo, el trabajo había sido su constante compañero, y desde que, muy niño, comenzó á teclear en su pianito de media vara de largo, que aun conservaba como un recuerdo en



El ilustre maestro José María Usandizaga, en su gabinete de estudio en San Sebastián

su gabinete de estudio, hasta el momento en que, triunfador, había sido aclamado por el público madrileño, su vida no había tenido más que un solo objeto: estudiar, aprender, trabajar, ser conocido.

Allá, en su alto piso de la calle de Garibay, Usandizaga trabajaba, y cuando creía que las amistades, ó los compromisos ó quizás las diversiones robábanle algún tiempo que él tenía destinado para completar su obra, renegaba de la ciudad, empaquetaba sus papeles, se calaba la boina y huía al campo, buscando en un apartado caserío la paz y la tranquilidad que necesitaba para producir sin descanso. En ese caserío, que tiene algo de castillo feudal y bastante de convento, no percibía el palpitante de la agitada vida, la soledad le rodeaba y podía entregarse sin descanso á terminar su obra. ¡Siempre la misma vida de austeridad y trabajo!

Frugal en sus alimentos y sin codiciar ninguna de las comodidades de la vida moderna, el ilustre músico sólo vivía para el divino arte. A él habíase entregado por completo y considerábase incapaz de olvidarle ni por un momento. ¿Qué le importaba á Usandizaga que en las grandes ciudades hubiera luces, alegría, movimiento y placeres? El hallábase más satisfecho en la obscuridad y placidez de su apartado caserío vasco, que en medio del bullicio de los grandes centros. ¿Es que los desconocía? No; que bien joven hubo de emprender viajes á París y Bruselas, para adquirir allí conocimientos que juzgaba necesarios para incorporarlos á su arte.

Pero no le atraían, no saboreaba su espíritu joven ninguna dicha que pudiera compararse á aquella de sentarse frente al piano y arrancarle dulcísimas notas que más tarde habían de trocarse en coloreadas páginas orquestales.

La nieve caía; los paisajes de los alrededores trocábanse blancos y los caminos hacíanse intransitables. ¿Cuánto tiempo permanecía aislado y sin comunicación con el mundo, Usandizaga? Ni él mismo podía decirlo. Su mundo entero estaba allí, en el piano, en el papel pautado, en su afán de trabajar, en la llama que le abrasaba.

Ese era el hombre. Ese era el vivir de aquel muchacho débil de cuerpo pero robusto de alma que vio llegar á sí en temprana edad el triunfo que muchos no logran ni aun lindantes con la vejez. Su producción ha sido corta, porque su vida se acabó antes de que hubiera dado por completo todo lo que tenía dentro. ¡Pobre Joshe Mari! Los públicos le han aclamado en *Las Golondrinas* y le llorarán el día en que sea representada *La llama*, cuya partitura ha debido dejar terminada.

Ya no le recibirá amoroso su caserío de la montaña; ya no llegarán hasta su casa de San Sebastián los ruidos producidos por su pueblo que se paseaba por debajo de sus balcones; ya no podrán decir, orgullosamente, los de San Sebastián «nuestro Joshe Mari». No. Todo esto pasó; pero quedará el recuerdo de aquel muchacho bueno, amable, honrado y trabajador que consagró su vida entera al Arte y por él muere.

R. R. Bonnat



Usandizaga en la mesa de trabajo

UNA esperanza que se desvanece causa mayor tristeza que una realidad que muere. Usandizaga era una esperanza para el arte lírico español y la muerte la ha desvanecido.

Usandizaga, alma de niño con alientos de gigante, vivió apegado á la tierra vasca, hacia la cual le inclinaban sus amores, que, por otra parte, eran largamente correspondidos por sus coterráneos. San Sebastián, que le vió nacer, le guardará en su muerte y entre estos dos momentos, hay una vida entera, llena de ilusiones, repleta de deseos que á veces rayaron en la realidad y que, sin embargo, mostraban su anhelo de algo más lejano. ¡Pobre Usandizaga!

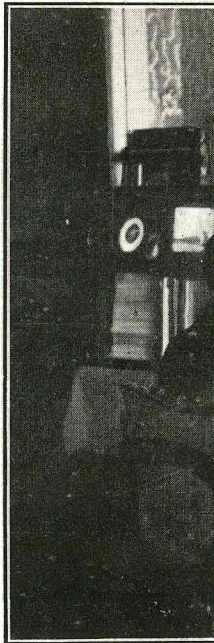
Mediaba el invierno pasado, y deberes profesionales me retenían en la ciudad vasca que tantos encantos ofrece á propios y extraños, á los que nacieron en ella y á los que llegan en busca de vida amena y agradable. No es San Sebastián en invierno lo que ante nuestros ojos se representa en verano. La gente anda retraída, las diversiones escasean y el constante azotar de la lluvia proporciona al ánimo ligero malestar perpetuo. Entonces conocí á Usandizaga y entonces le traté con la llanura y confianza que prestan á sus relaciones las almas bondadosas.

En San Sebastián de sus amores vivía, en sitio muy céntrico, allá, en la calle de Garibay y casi esquina al bulevar que tanto animan con su presencia los forasteros veraniegos. Trabajaba en *La llama*, obra que quería dar á conocer este invierno en su Centro de Madrid. Sentado al piano, Joshe Mari fué dándome á conocer páginas inéditas, fragmentos de amplios pasajes y motivos no completamente desarrollados. ¡Con cuánta ilusión trabajaba aquel muchacho á quien el triunfo estruendoso y cálido de *Las Golondrinas* en nada había ensoberbecido!

— Es algo fantástico y algo real — me decía. — Lo fantástico es una ilusión, un sueño que traspasó los límites de lo humano. Lo real es vida, pasión y dolor. Esta parte es oriental. La otra es un mundo fantástico. ¡Habré acertado?

Y sus dedos delgados, nerviosos, corrían por el teclado, acariciando el marfil de ambos colores y tratando de que éste tradujese en sonidos perfectos los que con el alma entera escribió.

Oyéndole expresarse, no podía menos de tenerse fe en su obra, no en esta ópera ni en la otra; no en *Las Golondrinas* ni en *La llama*, sino en su obra en general. Era una voluntad de hierro, dominante, avasalladora, por querer triunfar, poniendo para ello medios artísticos y había de conseguirlo. Toda su vida era un constante pregón de esta voluntad inquebrantable. En su cuerpecillo débil, enfermizo, déforme, habíase encerrado un afán de conquista tremendo. Sin pereza y sin desmayo, el trabajo había sido su constante compañero, y desde que, muy niño, comenzó á teclear en su pianito de media vara de largo, que aun conservaba como un recuerdo en



El ilustre maestro

su gabinete de estudio, hasta el momento en que, triunfador, había sido aclamado por el público madrileño, su vida no había tenido más que un solo objeto: estudiar, aprender, trabajar, ser conocido.

Allá, en su alto piso de la calle de Garibay, Usandizaga trabajaba, y cuando creía que las amistades, ó los compromisos ó quizás las diversiones robábanle algún tiempo que él tenía destinado para completar su obra, renegaba de la ciudad, empaquetaba sus papeles, se calaba la boina y huía al campo, buscando en un apartado caserío la paz y la tranquilidad que necesitaba para producir sin descanso. En ese caserío, que tiene algo de castillo feudal y bastante de convento, no percibía el palpitante de la agitada vida, la soledad le rodeaba y podía entregarse sin descanso á terminar su obra. ¡Siempre la misma vida de austeridad y trabajo!

Frugal en sus alimentos y sin codiciar ninguna de las comodidades de la vida moderna, el ilustre músico sólo vivía para el divino arte. A él habíase entregado por completo y considerábase incapaz de olvidarle ni por un momento. ¿Qué le importaba á Usandizaga que en las grandes ciudades hubiera luces, alegría, movimiento y placeres? El hallábase más satisfecho en la obscuridad y placidez de su apartado caserío vasco, que en medio del bullicio de los grandes centros. ¿Es que los desconocía? No; que bien joven hubo de emprender viajes á París y Bruselas, para adquirir allí conocimientos que juzgaba necesarios para incorporarlos á su arte.

Pero no le atraían, no saboreaba su espíritu joven ninguna dicha que pudiera compararse á aquella de sentarse frente al piano y arrancarle dulcísimas notas que más tarde habían de trocarse en coloreadas páginas orquestales.

La nieve caía; los paisajes de los alrededores trocábanse blancos y los caminos hacíanse intran-sitables. ¿Cuánto tiempo permanecía aislado y sin comunicación con el mundo, Usandizaga? Ni él mismo podía decirlo. Su mundo entero estaba allí, en el piano, en el papel pautado, en su afán de trabajar, en la llama que le abrasaba.

Ese era el hombre. Ese era el vivir de aquel muchacho débil de cuerpo pero robusto de alma que vió llegar á sí en temprana edad el triunfo que muchos no logran ni aun lindantes con la vejez. Su producción ha sido corta, porque su vida se acabó antes de que hubiera dado por completo todo lo que tenía dentro. ¡Pobre Joshe Mari! Los públicos le han aclamado en *Las Golondrinas* y le llorarán el día en que sea representada *La llama*, cuya partitura ha debido dejar terminada.

Ya no le recibirá amoroso su caserío de la montaña; ya no llegarán hasta su casa de San Sebastián los ruidos producidos por su pueblo que se paseaba por debajo de sus balcones; ya no podrán decir, orgullosamente, los de San Sebastián «nuestro Joshe Mari». No. Todo esto pasó; pero quedará el recuerdo de aquel muchacho bueno, amable, honrado y trabajador que consagró su vida entera al Arte y por él muere.

A. R. Bonnat

